

## Breve tratado o sumario filosófico

*Nicolás Flamel*

El que quiera comprender el asunto de los metales y cómo se transforman unos en otros, debe primero encontrar una respuesta a la cuestión de cuál es la substancia de la que surgen y cómo se forman en sus yacimientos. Con este propósito debe observar los cambios que continuamente se dan en las vetas minerales de la tierra. Estas pueden hacerse sujeto de transmutación fuera de sus yacimientos si primero se hacen espirituales, para que así puedan ser reducidas a su azufre y mercurio, cosa que realiza la Naturaleza. Ahora bien, todos los metales se forman de azufre y azogue, que son las semillas de todo metal; uno representa el principio masculino y otro el femenino. Estas dos variedades de simiente están, sin duda, compuestas por substancias elementales; el azufre o simiente masculina no es sino fuego y aire (esto es, el *buen* azufre, semejante al fuego, libre de las propiedades mudables de los metales, y no el azufre vulgar que no es ni siquiera una substancia metálica); mientras que el azogue o simiente femenina no es sino tierra y agua. Los antiguos sabios representaron figuradamente estas dos simientes bajo la forma de dos dragones o serpientes, uno con alas y el otro sin ellas. El dragón sin alas es el azufre, porque nunca huye del fuego. La serpiente alada es el azogue, que es transportada por el aire —la simiente femenina, compuesta de agua y tierra—, porque en cierto grado vuela o se evapora. Ahora bien, si estas dos simientes, separadas una de la otra, son unidas espermáticamente por la Naturaleza triunfante en el libro del Mercurio, la primera madre de los metales, los sabios llaman a la substancia resultante dragón volador, porque este dragón, una vez encendido con su fuego, vierte en su vuelo por el aire el fuego y un vapor venenoso. Lo mismo le sucede al mercurio, ya que si se pone en un recipiente sobre el fuego ordinario, se enciende su fuego interno. Entonces podrás ver como el fuego vegetal exterior enciende el fuego natural interior del mercurio. Advertirás que exhala en el aire cierto humo o vapor venenoso, cuya fetidez probará que la cabeza del dragón abandona Babilonia a gran velocidad, incluso la Babilonia filosófica, que está rodeada por un recipiente doble o triple.

Otros sabios han vinculado este mercurio con un león volador, porque el león devora a otros animales y se refresca y fortalece a voluntad con la sangre de cualquier animal, salvo de aquellos que tienen poder suficiente como para resistir su furor; y el mercurio, también, es conocido por privar a los demás metales de su forma específica y por absorberlos e incorporarlos. El oro y la plata, no obstante, son lo suficientemente fuertes como para resistir su violencia; aunque es bien sabido que el mercurio, cuando se expone a un grado excepcional de calor, devora y se traga incluso a estos dos metales. Aunque ninguno de ellos se transforma en la naturaleza del mercurio, sino que están encerrados en su matriz, porque el oro y la plata son más perfectos y permanentes que el mercurio crudo, que es un metal imperfecto, sin perjuicio de que se encuentre en él la substancia de la perfección. El oro vulgar, que es un metal perfecto, y la plata y los metales imperfectos están formados por mercurio. Por esta razón, los antiguos sabios lo

llamaron Madre de los Metal, y de aquí que, siendo un metal, contenga una doble substancia metálica, a saber, la substancia interior de la Luna y la del sol (que no es la misma). De estas dos substancias se forma el mercurio y están protegidas en su cuerpo bajo la forma de esencias espirituales. Después, tan pronto como la naturaleza ha formado el mercurio de estos dos espíritus, lucha para transmutarlos en una perfecta forma corpórea. Del mismo modo, cuando estos dos espíritus han crecido y han despertado sus dos variedades de simiente, desean asumir sus propios cuerpos. Entonces la Madre, el mercurio, debe morir, y al morir de muerte natural, nunca más puede tornar a lo que era previamente.

Los alquimistas arrogantes y presuntuosos han apuntado obscuramente que los cuerpos perfectos e imperfectos deben transmutarse en mercurio fluido, pero esta afirmación es sólo una trampa para los incautos. Es cierto que el mercurio consume los metales imperfectos, como el plomo o el latón, y así aumenta en cantidad; pero al hacer esto, pierde su perfección y ya no es más el mismo mercurio que era antes. Si se le pudiera mortificar lo suficiente mediante un proceso químico como para cerrar toda expectativa de que se vivificase de nuevo, se convertiría en algo más, como sucede con el cinabrio o en el sublimado. Pero cuando se coagula con un proceso químico, sea con un método rápido o lento, sus dos cuerpos no asumen una forma permanente. Esta coagulación se lleva a cabo con éxito mediante el proceso natural, y por eso nunca encontramos una veta de plomo, por ejemplo, que no contenga al menos unos pocos granos permanentes de oro y plata. La primera coagulación del mercurio es el plomo, que es muy adecuado para fijarlo y llevarlo a su perfección. Porque el plomo nunca se da sin algún grano fijado de oro y plata, que le son impartidos por la Naturaleza con el propósito de multiplicarse y desarrollarse, como yo mismo he experimentado y puedo testificar. Mientras esté en su mercurio y no se separe del mineral, puede continuar incrementando su substancia de la substancia de su mercurio. Pero si este grano fijo se aparta y separa de su mercurio (o del mineral en el que se encuentre) ya no puede aumentar su tamaño. Sucede con este grano como con el fruto verde que se forma en el árbol cuando cae la flor. Si es arrancado antes de que madure, se malogra. Si se deja en el árbol, se nutre y crece con la savia y el jugo del árbol, es decir, mientras no se corte la conexión con el árbol paterno.

Prácticamente lo mismo sucede con el oro. El grano atrae hacia sí el mercurio del plomo, e incesantemente lo fija en su propio mercurio, donde crece y gradualmente aumenta su tamaño. El mercurio de los metales perfectos o imperfectos es el árbol paterno y el grano de oro sólo puede nutrirse con este mercurio. Pero tan pronto como cortas la conexión con el mercurio paterno, cesa inmediatamente el crecimiento del grano, igual que un fruto no maduro que se coge del árbol. En vano intentarás restaurar la conexión vital. Una vez que has cortado una pera o manzana verde de su rama natal sería ridículo intentar unirla al árbol una vez más y esperar que madure. En lugar de crecer, se marchitaría paulatinamente y se haría más pequeña. Esto mismo se observa en el caso de los metales, de modo que si alguien tomase los metales comunes del oro o la plata e intentase resolver estos metales en mercurio, estaría haciendo una tontería. Este

resultado no se puede alcanzar mediante ningún proceso químico, no importa cuán sutil e ingenioso sea, igual que el fruto arrancado en un estado de inmadurez no puede volver a unirse vitalmente al árbol paterno. Es cierto que los Sabios han dicho bien que si el oro y la plata pudieran unirse a través de su mercurio común, tendrían poder para tornar perfectos a todos los demás metales. Pero estos Sabios no hablan del oro y la plata común, que siempre permanecen como son y nunca pueden ser nada más y, ciertamente, no pueden ayudar al desarrollo de los otros metales. Es el fruto cosechado antes de tiempo, muerto y mustio. No; debemos buscar el fruto vivo (el auténtico oro y plata vivos) *en el árbol*; sólo allí puede crecer y aumentar su tamaño, conforme a las posibilidades de su naturaleza. Debemos trasplantar este árbol, sin cosechar el fruto, a un suelo mejor y más rico, en un lugar más soleado. Entonces su fruto recibirá más nutrición en un solo día que la que recibiría en suelo estéril en cien años.

Deseo que comprendas que el Mercurio, que es un árbol excelentísimo y contiene oro y plata en forma indisoluble, debe tomarse y trasplantarse en un suelo más cercano al sol, dónde pueda florecer sobremanera y regarse abundantemente. El sitio donde estaba plantado antes estaba tan agitado y debilitado por el viento y la escarcha que poco fruto podía esperarse. Allí permaneció largo tiempo y no dio fruto.

Pero en el jardín de los Sabios, el *Sol* otorga su genial influencia mañana y tarde, día y noche, incesantemente. Allí nuestro *árbol* se riega con el rocío más maravilloso, y el fruto que pende del árbol engorda, madura y se expande día a día. Nunca se marchita, sino que avanza más en un año que en mil años de su anterior situación estéril. O, para dejar las metáforas, toma el mercurio y caliéntalo día y noche en un alambique a fuego gentil. Pero no sebe ser un fuego de carbón o madera, sino un fuego claro y traslúcido, como el del *Sol* mismo, gentil y cálido. El fruto no debe exponerse a demasiado calor, porque se marchita y mustia y nunca llega a la perfección. Debe tener una calidez genial, apoyada con una humedad moderada en el árbol, para que florezca y se expanda. El calor y la humedad son el alimento de todas las cosas terrenas, animales, vegetales y minerales. El carbón ordinario o la madera dan un fuego demasiado violento para nuestro propósito, y no nutren igual que el calor del Sol, que preserva todos los cuerpos con sus influencias naturales. Por esta razón los Sabios usan este fuego natural, no porque lo hayan hecho los Sabios, sino porque lo hace la Naturaleza, que crea todas las cosas, sean animales, vegetales o minerales, y calienta cada una con su grado adecuado.

Igualmente, no diré que el hombre pueda crear cosas naturales mediante este arte, pero sí que el arte humano puede llevar a mayor perfección lo que hace la naturaleza. Con este propósito, los antiguos Sabios sólo tenían un objeto en mente, producido de la luna y de la verdadera madre el mercurio de los filósofos, que en esta operación es mucho más potente que el mercurio natural, y es útil para operar sobre metales simples, perfectos, imperfectos, cálidos y fríos. La Piedra Filosofal es buena para los metales perfectos e imperfectos, restaurándolos y llevándolos a la perfección sin disminución, adición o cambio real de ninguna clase. Aparte de perfeccionarlos, los deja en el estado en el que estaban. No digo que los sabios combinen oro, plata y mercurio común para lograr esto; ese es el método de los charlatanes ignorantes, que esperan así obtener el

mercurio de los Sabios, sin lograr nunca producir la primera substancia verdadera de la Piedra. Para obtenerlo deben ir a la séptima montaña, donde no haya llanura, y desde esta altura mirar sobre la sexta a gran distancia. En la cima de la montaña hallarán la gloriosa hierba real, de la que algunos Sabios dicen que es un mineral y otros que es un vegetal. Deben dejar los huesos y extraer el jugo, que les permitirá hacer la mejor parte de la obra. Este es el verdadero y sutil mercurio de los filósofos. Ahora, prepara primero la tintura blanca y después la roja. El Sol y la Luna se preparan de la misma manera y cosecha la tintura roja y blanca, respectivamente. La preparación es tan simple que podría hacerla una mujer mientras trabaja en la rueca, poniendo una gallina sobre unos huevos, —sin lavarlos primero— y sin mayor problema que el de voltearlos cada día para que los polluelos puedan romper el cascarón lo antes posible. Del mismo modo, no laves el mercurio, sino que simplemente ponlo con su semejante (que es el fuego), en las cenizas (que es la paja), en un recipiente de cristal (que es el nido), en un alambique adecuado (que es la casa. Si haces esto saldrá un pollo, que con su sangre te libraré de todas las enfermedades y te alimentará con su carne, te vestirá con sus plumas y te protegerá del frío. Así, oro y ruego al Creador de todas las cosas que otorgue su gracia a todos los alquimistas fieles para que puedan encontrar el pollo, que por la inefable bondad y misericordia de Dios me ha sido otorgado a mí. He escrito este tratado para tu bien, para animarte y señalarte el camino correcto. Espero y confío en que mis palabras te permitan comprender más plenamente la obra de los demás Sabios. ¡Adios!